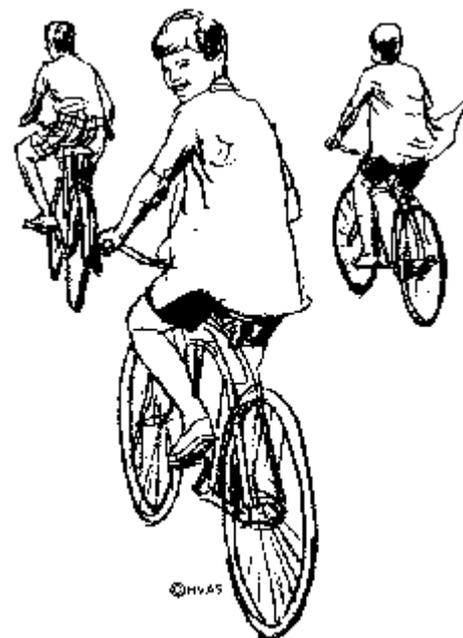


TRES FUGITIVOS

(Conclusión)

Por **Alta Robinson**

AL DEJAR la ciudad los muchachos comenzaron a ascender por una cuesta muy larga. Apoyándose sobre el manubrio, pedalearon valientemente hasta quedar exhaustos. Luego descendieron de sus vehículos y continuaron a pie, empujando las bicicletas cuesta arriba. Estaban atravesando una región por la cual, durante ese período de inquietud política por el cual pasaba Kenia, muchos que viajaban en auto o en camión, no se atrevían a pasar de noche. Las aldeas de los kikuyu se veían ocasionalmente a través de los claros del bosque. Las fogatas humeantes de algunas de ellas, iluminaban las siluetas de sus chozas. Pero nadie hablaba de miedo. Ese era un tema prohibido. Eran muchachos valientes que huían de una situación intolerable.



Finalmente llegaron a la cima de la loma, jadeando. De allí en adelante la ruta seguía por varios kilómetros cuesta abajo, hasta llegar al fondo del gran valle Rift. Los muchachos descendieron por ese camino, y por fin llegaron al valle. Afortunadamente era de noche, porque en ese valle el calor se vuelve casi insoportable durante el día. Recorrieron el camino llano del valle sin admitir que sentían ningún temor. Su blanco era llegar a la casa.

Antes de comenzar el largo camino de subida que los sacaba del valle, Manuel propuso que descansaran. Apoyando sus bicicletas contra la esquina de una tienda africana, aparentemente abandonada, se sentaron en el piso de tierra del porche, frotándose los doloridos músculos de las piernas. Luego volvieron a emprender la marcha, deprisa. Cada vuelta de las ruedas y cada esfuerzo de sus piernas cansadas, los acercaban a su meta.

Y continuaron pedaleando durante toda esa larga noche. Ocasionalmente un tren de carga o un tren de pasajeros pasaba serpenteando por la vía que corría paralela a la carretera.

Los muchachos sabían que debían hacer el mayor tramo del camino durante la noche, porque cuando el sol se levantara sobre el cielo, el tránsito de la carretera y el calor intenso y húmedo del día los obligaría a aminorar la marcha. Quizás tuvieran que refugiarse durante algún tiempo en alguna de las alcantarillas que había debajo de la carretera. La proximidad del alba los hizo pensar de nuevo en Nairobi.

-¿Qué crees tú, Donaldo, que harán las muchachas cuando noten que les faltan las bicicletas? -se le ocurrió decir a Enrique. Tú sabes que dentro de unas horas las necesitarán para ir a su clase de ciencias domésticas, en la escuela de gobierno.

-No sé, pero me gustaría estar escondido detrás de algo para ver lo que hacen -respondió Donaldo. Muy divertidos por el chiste que habían hecho, los tres pedalearon alegremente, esperando ver de un momento a otro las primeras luces del alba.

La Sra. Carey, la fiel encargada del hogar, se levantó al amanecer. Como lo hacía todos los días, llamó al cocinero, al ayudante y al jardinero, y a cada uno le indicó su tarea. Luego, como las muchachas demoraban más para vestirse que los muchachos, despertó a aquéllas, primero. Después de un breve intervalo, se dirigió a la puerta del dormitorio de los muchachos. La abrió, y notó que había tres camas vacías. Su exclamación de sorpresa hizo despertar a los menores. Desde ese momento, lo que siempre había marchado en orden, se volvió un verdadero pandemonio.

-¿Quién falta? -preguntó el Sr. Carey.

-Donaldo, Enrique y Manuel. ¿Qué puede haberles ocurrido? -gimió su esposa. Volviéndose a los muchachos menores, les preguntó:- ¿Qué saben Uds. de esto?

-Nada, Sra. Carey -le dijeron, y la sorpresa que se reflejó en sus ojos sinceros, la convenció de que decían la verdad.

Una de las niñas entró corriendo. ¡Sra. Carey, yo salí y... y... faltan tres de nuestras bicicletas! ¡Cómo llegaremos esta mañana a la escuela?

Mientras tanto el Sr. Carey estaba sacando sus conclusiones.

-No se preocupen, yo las llevaré -dijo; pero para sus adentros reflexionó: "Faltan tres bicicletas y faltan tres muchachos. .. Estoy seguro de que eso tiene alguna relación". Luego añadió en voz alta, dirigiéndose a su esposa:

-¿Estaban esos muchachos disgustados ayer por algo?

-Hubo ese problema de los sujetalibros, pero no creo que por eso se les iba a ocurrir escaparse. . . ¿O se les ocurrió? -respondió ella-. Veamos si sus ropas han desaparecido.

La Sra. Carey comenzó a revisar todos los cajones. De pronto se detuvo. En la mano tenía la Biblia de Donaldo y sobre la Biblia habla un pedazo de papel arrancado de un cuaderno. En el papel había un mapa cuidadosamente trazado. Y en el mapa estaban todos los caminos que salían de la Escuela Preparatoria de Kamagambo.

-Tienes razón; se han escapado, y se olvidaron de llevar el mapa. ¿Qué haremos?

El Sr. y la Sra. Carey sentían una tremenda responsabilidad ante los padres ausentes del grupito de alumnos que tenían a su cuidado. Los otros niños, excitados, se agruparon en torno a los esposos Carey. Esta interrupción de la rutina debían saborearla plenamente. Además, les daría tema de conversación durante muchas semanas.

-Chicos, siéntense y el cocinero les traerá el desayuno. Después irán a la escuela. A las niñas las llevaré a su clase en mi automóvil. Luego pueden regresar juntas, caminando. Después yo tomaré este mapita y saldré en busca de los fugitivos. Y ahora... saquemos orden del caos.

Y el Sr. Carey dio el ejemplo. Se sentó a la cabecera de la larga mesa y abrió la Biblia para celebrar el culto matutino.

El Sr. Carey actuó de acuerdo con su plan. Mientras iba por la carretera, pensaba en los tres muchachos, en su primera rebelión y en su incapacidad de hacer frente al primer inconveniente que se les había presentado. No estaba enojado, sino que le pedía a Dios que le concediera sabiduría para ayudar a los tres muchachos a encarar valientemente la vida. ¡Ellos pensaban que eran muy valientes al escaparse! El debía mostrarles que en realidad eran cobardes. ¡Precisamente como lo fue Jonás!

A la mitad de la mañana, atisbando a la distancia, el hombre vio tres motitas en lontananza. Aun tratándose de bicicletas, parecían moverse muy lentamente. ¿Serían? ¡Sí!

Al acercarse vio tres sudorosos muchachos, con la cara enrojecida. Debajo del ala gris de la gorra que llevaban, aparecían sus rostros sudorosos. Los pantalones cortos color caqui, dejaban ver las piernas quemadas del sol. Pero a pesar de haber cubierto casi 150 kilómetros, esas piernas seguían pedaleando virilmente. Como miraban hacia adelante, Donaldo, y sus dos amigos no reconocieron al conductor del automóvil que los acompañaba.

El Sr. Carey los pasó, luego aminoró la marcha y por fin se detuvo. Abriendo la puerta, salió y quedó

parado, con los brazos cruzados, mirando al trío que se acercaba. De pronto, reconociendo al hombre que estaba en la carretera, los tres muchachos sencillamente bajaron, casi podríamos decir, cayeron de sus bicicletas, y luego quedaron inmóviles, mirando al suelo.

-Bueno, muchachos, ¿llamaremos a esto el final del viaje? -preguntó el Sr. Carey en forma placentera. Ninguno respondió-. Vengan, ayúdenme a cargar las bicicletas en la parte trasera del carro, y luego emprendemos el camino de regreso -les pidió.

Los muchachos cooperaron en silencio y después subieron lentamente al automóvil.

-La Sra. Carey mandó unos refrescos para Uds. ¿Han comido o bebido algo desde que salieron anoche?

-Sí. Paramos de vez en cuando, pero tenemos mucha sed -confesó Manuel. Los muchachos bebieron y luego Donaldo completó la sentencia-: Y hambre.

-Para comida, tendrán que esperar hasta que volvamos a casa -fue la respuesta. Y el automóvil, cargado ahora, dio media vuelta, y emprendió el camino de regreso.

Naturalmente, se administró un castigo. Tenía que ser así. ¿Lo tuvo Jonás? Por cierto que sí. No fue nada divertido pasar tres días en el estómago de un gran pez. Pero finalmente todos los fugitivos regresaron al lugar donde Dios quería que estuvieran. Todos aprendieron la lección al recorrer la dolorosa vía de la experiencia: Donaldo, Manuel, Enrique... y Jonás hace muchos, muchos años.